

# EL HOMBRE ANTE UN DIOS INSONDABLE

*Pedro Pérez E., OSB<sup>1</sup>*

Dijo el abad Anastasio a un visitante: “En el camino al Dios vivo no te extrañes que puedas experimentar la tentación de huir, porque es un Dios desconcertante e interminable”.

Creo que a medida que vamos creciendo en edad, el Dios que recibimos de nuestros padres o en el colegio, un Dios muy simple, cercano, ordenado en su proceder, muy comprensivo y sin sorpresas, se nos comienza a poner un poco denso y difícil de entender. Poco a poco vamos experimentando que no es un Dios igual a nosotros, o a la medida de nosotros; que es un Dios que piensa muchas veces distinto de nosotros.

Por este motivo, la relación del hombre con Dios no es simple, tiene altos y bajos. Pero no así el modo de relacionarse de Dios con el hombre: su proceder es propio de Dios, es sereno, leal, como el que conoce las cosas y los acontecimientos futuros y por eso mira lejos para dar tiempo a que las personas maduren. Por eso no se precipita. No es veleidoso.

De este modo, vamos entrando y haciendo la experiencia más importante de nuestra vida: que es conocer a Dios con las entrañas del corazón.

El Jonás que nos presenta el autor del libro es un hombre que, antes de querer huir a Tarsis, ha tenido, anteriormente, experiencia del comportamiento de Dios: y ha llegado a la convicción de que más vale mantenerse lejos que cerca de Él: porque es un poco arbitrario y desconcertante. Es por eso que Jonás le tiene susto a Dios, no se siente seguro.

---

1 Abad emérito de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes (Santiago de Chile).

Así las cosas, apenas oye la misión que Dios le da, huye precipitadamente, como quien busca poner a salvo su vida.

Compra un pasaje en el puerto de Jafa y entra en la bodega del barco. ¡Que nadie a bordo se dé cuenta que está ahí! ¡Y para desconectarse de su conciencia, de fugitivo de Dios, se pone a dormir!

Pero se levanta una violenta tempestad y los tripulantes del barco, al encontrarlo durmiendo, indiferente a la suerte de todos, aterrados porque el naufragio es inminente, le preguntan desesperados: “¿Qué has hecho? Pues comprenden que huye del Señor; como él les había contado”. (Jon 1,10).

Ahora bien, vuelto a su casa después del episodio trágico-místico del pez gigantesco, Jonás se siente liberado. Dios ya no lo llamará de nuevo. Puede estar tranquilo, porque se habrá olvidado de él y de la misión en Nínive o se habrá buscado otro hombre que no sea pusilánime sino animoso.

Pero no fue así.

Dios lo volvió a llamar. –Dios no cambia lo que tiene decidido–.

Entonces, comprendió Jonás que Dios es más fuerte, que es imposible huir de Él, que hasta puede ser peligroso no hacerle caso.

Partió a Nínive y predicó la conversión con la amenaza de una catástrofe total. –Pero él creía ingenuamente adivinar los propósitos de Dios: seguramente no se iban a convertir y, entonces, caería fuego del cielo como él se los había advertido.

Sin embargo, los ninivitas reaccionaron y cambiaron su modo de vivir, desde el rey hasta el último viviente.

Ante este hecho inesperado, Jonás se siente humillado, siente que ha quedado en ridículo ante la gente, porque él estaba seguro de la catástrofe de Nínive. El estimaba que Dios había hecho un cambio de planes con Nínive, de la amenaza a la compasión, y a él, su profeta, no le había participado para nada su intención.

De este fastidio deja constancia el Libro de Jonás cuando prosigue: «Jonás sintió un disgusto enorme. Irritado rezó a Dios: “¡Ah Señor, ya me lo decía yo cuando estaba en mi tierra! Por algo me adelanté a huir a Tarsis”»... Y avergonzado de sí mismo y prefiriendo desaparecer antes que Dios le encomiende otra misión, concluye: “Señor, quítame la vida; más vale morir que vivir” (Jon 4,1-3).

Un hecho más o menos semejante al de Jonás, es el que nos enseña Jesús para reafirmar la independencia de Dios frente al hombre. Es en la parábola de los jornaleros de la viña (Mt 20,1-15).

Dios tiene su modo de actuar propio, misterioso, sabio y firme, no caprichoso como lo percibe el hombre a veces. Él es Dios, sabe lo que hace, con nadie es injusto. Y el hombre, entonces, queda descolocado, desconcertado y enojado a la vez, frente a la rectitud inescrutable de Dios.

La parábola nos dice que, al fin del día, el dueño de la viña contestó al que protestaba: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en ese jornal? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?, ¿o ves tú con malos ojos que yo sea generoso”.

Que el Mesías Jesús, que no alegó y aceptó la vida tal como venía a Él, nos dé su sabiduría para vivir y no nos deje caer en la tentación de refunfunar.

*Abadía de la Sma. Trinidad  
Casilla 27021. Santiago 27  
CHILE*